

La Crónica Médica

ORGANO DE LA SOCIEDAD MEDICA "UNION FERNANDINA"

LA REDACCIÓN DE "LA CRONICA MEDICA",

dejando á cada cual emitir libremente sus ideas científicas, no patrocina, ni es responsable de las que contengan los artículos firmados.

AÑO VI. {

Lima, Octubre 31 de 1889.

{ N° 70

BOLETIN

Un medicamento antirábico.

La Flora americana es tan rica y variada, que—no obstante los grandes servicios que hoy presta á la Medicina—se puede decir sin temor de ser contradicho que está casi virgen, reservándonos gratas sorpresas en el porvenir. Pruébalo así el hecho acaecido en Ayacucho hace más de un año y de que dieron cuenta los periódicos políticos.

Es el caso que un perro rabioso mordió á un niño; alarmados los habitantes, se pusieron á buscar al animal, sin dar trégua á sus pesquizas hasta que dieron con él, y lo ultimaron. Al cabo de algunos días, el niño fué atacado del terrible mal—apesar de las cauterizaciones que se le hicieron en las mordeduras,—y habiendo logrado escaparse al campo, echó manos de las hojas del *Agave americana* y comenzó á chuparlas; cosa fácil en la Sierra, donde abunda la planta en todos los fundos rurales y en todos los cerros. En esa ocupación y con toda la boca destrozada encontraron al niño los vecinos. Pero lo notable es que los síntomas se mitigaron en un principio y salvó después el paciente.

Hemos recordado este suceso, en el cual no habíamos parado mientes, leyendo un hecho análogo en los periódicos médicos de España.

DR. PABLO PATRÓN,

SECCION NACIONAL

SOCIEDAD MÉDICA

"UNION FERNANDINA"

Acta de la sesión solemne en honor del 4º aniversario de Daniel Carrión.

(Presidencia del Dr. Almenara Butler.)

Estando presentes las comisiones de la Academia Nacional de Medicina, y de la Sociedad "Amantes de la Ciencia," Catedráticos de la Universidad, médicos distinguidos, miembros del foro, representantes de la prensa diaria y concurso de particulares, el señor Presidente declaró abierta la sesión.

Se dió lectura á los oficios de los señores Presidentes de las corporaciones, "Academia Nacional de Medicina" y "Amantes de la Ciencia" aceptando la invitación de que habían sido objeto é indicando las comisiones que á nombre de ellas honrarían el acto.

Concluida su lectura, el señor Presidente abrió la *Orden del día* con un elocuente discurso en el que, con motivo del aniversario que nos congrega, hizo un entusiasta elogio del malogrado compañero y una brillante exposición del progreso que ha alcanzado la medicina moderna en el conocimiento, profilaxis, y tratamiento de las enfermedades infecciosas, merced al sistema experimental establecido por Pasteur y vulgarizado por numerosos sabios.

Terminado el discurso, una lluvia de merecidos aplausos escuchó el señor Presidente.

Inmediatamente dió la palabra al doctor Medina, quien leyó un bonito trabajo sobre el mismo tema, tributando los merecidos elogios al compañero, al amigo, al compatriota mártir, y extendiéndose en algunas consideraciones y reflexiones sobre nuestra labor en el porvenir. Terminó repitiendo las palabras de Carrión, pronunciadas poco antes de morir, y que revelan lo bien templado de su alma y la grandeza de su corazón: "Aún no he muerto, amigo mío; ahora toca á Us. terminar la obra ya comenzada siguiendo el camino que les he trazado." Conmovido el auditorio, obsequió al doctor Medina con nutridos aplausos.

Concedió en seguida la palabra al doctor Quiroga y Mena.

Encefalopatías de origen verrucoso fué el tema que con interesantes observaciones clínicas, cuidadosamente recojidas, desarrolló el doctor Quiroga. Este trabajo cautivó la atención de los circunstantes por la novedad de él en primer lugar, y en segundo, por el acopio de datos clínicos que el doctor Quiroga llevaba en su apoyo. Se hizo además interesante por el estudio comparativo que hizo de la verruga con otras enfermedades infecciosas como el cólera, y la sífilis. Fué bastante aplaudido.

El doctor J. Arce dió fin á la velada, leyendo una extensísima monografía sobre la terrible epidemia de nuestras quebradas. Etiología, marcha, distribución topográfica, patogenia de la Verruga, fueron tratados con lucidez, manteniendo el entusiasmo y fija la atención por mas de una hora y media. Propuso el tratamiento más adecuado y eficaz, y reclamó la aplicación de él, en bien de la humanidad que sufre y del adelanto de la Medicina Nacional. No sólo á esto se limitó el interesantísimo trabajo del doctor Arce, sino que hizo ade-

más una exposición de la teoría que acerca de la *vida* lo guiaba en su carrera profesional que no era otra que la *vitalista* sostenida por la escuela de Montpellier. Felicísimo estuvo el señor Arce, y fué aplaudido calurosamente.

Se levantó, en seguida, la sesión, después de manifestar el señor Presidente el agradecimiento de la "Unión Fernandina" á las personas que habían con su presencia honrado el acto.

Los Secretarios.

Discurso del Presidente Dr. Almenara Butler, al abrir la sesión.

Señores:

Quando la "Unión Fernandina" pasó por el dolor de perder á su socio activo Daniel Carrión, muerto por amor á la Medicina Nacional, no quiso dejar á la posteridad el encargo de hacer su elogio, sino ser ella misma la que pagara el tributo de gratitud que le debía. Con este motivo resolvió solemnizar todos los años el triste aniversario del fallecimiento de Carrión, con una actuación científica, que sirviera para mantener vivo el recuerdo de su noble y generosa acción, y para contribuir con el trabajo de sus camaradas sobrevivientes al adelanto del estudio de la *verruca andicola*, enfermedad por la que se había sacrificado.

Con este fin es que nos vemos reunidos hoy, 4º aniversario de la fecha en que murió Daniel Carrión; y con este motivo es también que al inaugurar esta actuación, me veo en el caso de deciros algo que se relacione con el propósito que tuvo nuestro infortunado compañero, al introducir en su sangre el germen de una enfermedad nacional, á la vez tan grave, como desconocida en su patogenia.

Voy á hablaros de un modo sucinto de la teoría que ha preparado,

en la ciencia médica moderna, el acontecimiento más grande del siglo actual, esto es, del descubrimiento del parasitismo de las enfermedades infecciosas, y de las deducciones á que ha dado origen semejante adquisición.

Prosiguiendo médicos y naturalistas la cruzada que en todos los tiempos se ha hecho á las enfermedades virulentas, por ser los verdaderos flagelos de la humanidad, comenzaron, á mediados de este siglo, por compararlas con los procesos de las fermentaciones; teniendo en cuenta, para hacer esa comparación, la semejanza que existía entre el desarrollo del proceso patológico de dichas enfermedades y la reproducción maravillosa de sus principios morbosos, con el origen, multiplicación y poder devastador de los fermentos.

Más tarde, estudiando los procesos de la fermentación y de la putrefacción, se demostró que á cada clase de fermentación correspondía la presencia de seres organizados de especie particular, tales como los sacaromicetos de la fermentación alcohólica, y los micodermas de la fermentación ascética, y que la descomposición de los cuerpos orgánicos nunca era espontánea; y siguiendo la similitud que se perseguía entre los fermentos y las enfermedades infecciosas, se supuso que estas últimas, que tenían siempre una misma fisonomía, que tardaban igualmente el mismo tiempo para desarrollarse, y que no degeneraban por más que se multiplicáran, deberían también ser producidas por la penetración en el organismo, de un principio extraño, de una sustancia ponderable, *de un ser*, que de naturaleza distinta en cada enfermedad, obraba á su manera en contra del organismo, modificando de diverso modo sus funciones.

Llevando más adelante la misma analogía, se supuso también, que atendida la facultad que tenían las enfermedades infecciosas de reproducirse,

tenían que ser sus virus necesariamente de naturaleza organizada ú orgánica.

Ciertas adquisiciones que se habían hecho yá en la Patología humana, y ciertas conclusiones que había obtenido la Higiene, en la filiación de las enfermedades zimóticas, reforzaban el fundamento de los supuestos anteriores. — Eran las primeras, los descubrimientos de la migración de la triquina por los tejidos del cuerpo, del hongo de la tiña fávosa y del *acurus* de la sarna, parásitos estos dos últimos, que no permitían seguir considerando esas dos enfermedades externas como efecto de la alteración de los humores como antiguamente se había creído, sino de naturaleza esencialmente parasitaria. — Eran las segundas, esto es, las conclusiones higiénicas, la positiva convicción que se había adquirido de que ninguna enfermedad infecciosa se producía espontáneamente en el organismo, y la seguridad que se había llegado á tener de que, por más que una de estas enfermedades desarrollada en una localidad extraña á su fuente de origen, pareciera autóctona, no lo era realmente, sino que había sido transmitida, aunque por el momento no se pudiera conocer lo que había servido para esa trasmisión.

Con todos estos antecedentes, decidieron los mismos sabios á formar un plan de ataque contra las enfermedades que se habían propuesto estudiar; y para llegar á conocer el elemento organizado que suponían fuese la causa de su poder morbífico, resolvieron dividir el método de sus trabajos en cuatro partes. Primera parte: tratar de demostrar, en los animales infectados, los organismos inferiores existentes. Segunda: aislarlos convenientemente y cultivarlos de tal manera, que la existencia de cada uno excluyera en lo absoluto su mezcla con otros organismos ó partes componentes del cuerpo del animal, así estuvieran vivas ó muertas.

Tereera: producir la síntesis de la enfermedad específica por transmisión del producto bruto del cultivo, así como por la de las formas cultivadas separadamente. Cuarta y última parte: hacer el ensayo decisivo, esto es, hacer la separación de las partículas sólidas y líquidas, y demostrar la actividad de aquellas y la ineficacia de estas.

Llevado á la práctica este orden de demostración admirablemente concebido, se fué en su ejecución de triunfo en triunfo. Con el auxilio del microscópio perfeccionado de un modo sorprendente en los últimos tiempos, y con la feliz elección de medios nutritivos para el cultivo, se llegó al fin á ver por primera vez, y aislar después, los gérmenes peculiares á las determinadas enfermedades que se hubiera señalado para la experimentación. Y ¡bellísima circunstancia! Esos gérmenes, así como se había previsto, resultaron ser organismos, seres vivos, séres animados, que no se encontraban en los animales de la especie sometida á estudio, cuando estaban sanos ó atacados de otra clase de infección. Así mismo, la facilidad para reproducirse de estos organismos microscópicos en el líquido nutritivo era tan grande, que bastaba poco tiempo para ver á este enturbiado y sucio por el gran número de aquellos, probando esta enorme multiplicación la potencia de los virus.

Desde este momento podía decirse, que las enfermedades infecciosas, á juzgar por las que se había experimentado, eran de naturaleza parasitaria ó microbiótica, y desde este momento fué que se tuvo el conocimiento de la existencia del bacilo de la pústula maligna, esto es del microorganismo del carbunco, encontrado sucesivamente por distintos experimentadores, siempre bajo la misma forma y con los mismos caracteres biológicos.

Pasaba todo esto por los años de

1850, 57 y 58. De esos tiempos á la fecha, ya sabemos todos la multitud de micro-organismos que se han descubierto en otras enfermedades virulentas.

Faltaba la 2ª parte de la experiencia, esto es, producir artificialmente la síntesis de la enfermedad por medio de la inoculación, y ella se encontró confirmada con la evidencia más sorprendente.

Probada que fué la actividad de los micro-organismos por la circunstancia de su multiplicación indefinida en los cultivos, así se hicieran las siembras que se deseasen con la más pequeña fracción del líquido nutritivo, era de suponerse que inoculados esos micro-organismos á los animales respectivos, estos presentarían todos los síntomas de la enfermedad específica y fueran victimados por ella. Así sucedió. Verificadas las inoculaciones, se encontró que era tal la virulencia de los cultivos, que bastaba una mínima porción de gota de sus líquidos para causar la muerte 20 veces sobre 20 inoculaciones, después de dos ó tres días, hasta de veinticuatro horas de transcurrida la experimentación. Hicieronse estos ensayos con la bacteridia del carbunco y con el bacilo del cólera de las gallinas.

Demostrada la vitalidad de los virus y la producción artificial de sus enfermedades, presentábase otra cuestión.

Era necesario saber, si manejados manualmente sus micro-organismos, estos se comportaba en el sentido de la inmunidad, como lo hacen sus respectivas enfermedades; es decir, si á todos los animales atacaba su virulencia, ó si solamente ejercían su acción sobre aquellos en quienes era peculiar la enfermedad del parásito experimentado.

La solución de esta cuestión fué satisfactoria, y los líquidos de los cultivos la resolvieron en primer lugar. Ciertos micro-organismos que se cultivaban y desarrollaban en se-

ñalados líquidos nutritivos, no sufrían la más pequeña alteración en otros, en los que, morían á los pocos instantes, dejándolos completamente limpios. Tal sucedió con el líquido nutritivo del agua de levadura en el que se multiplicaban las bacterias del carbunco y no así los bacilos del cólera de las gallinas, que se morían en dicho líquido, dejándolo completamente limpio.

Las inoculaciones de los mismos virus á animales de distinta especie de aquellos en los que se producía naturalmente la enfermedad respectiva, produjo el mismo resultado: En una clase de animales la inoculación quedaba completamente negativa, estéril, sin consecuencias para su salud, y en otra clase, apenas en los sitios de las inoculaciones se propagaba el microbio, sin poder pasar de allí al torrente circulatorio, y secundariamente á los órganos esplánicos, produciendo solamente en esos sitios una inflamación local, un absceso, pero nada más. La inmunidad experimental de ciertos animales para no ser atacados de determinados parásitos, estaba pues comprobada, tal como sucede con las enfermedades virulentas.

Por último, se presentaba en este género de experiencias, otra cuestión de más alto interés, y que si quedaba resuelta, representaría por sí sola toda la grandeza de los trabajos anteriores. Esta cuestión nació de la comparación que había necesidad de establecer, y que era la siguiente. Si las enfermedades virulentas, por lo general no recidivan, y si lo hacen, la recidiva, solo tiene lugar después de un tiempo más ó menos largo, durante el cual el individuo goza de una inmunidad completa, sus organismos patógenos conducidos experimentalmente deben producir el mismo resultado. Tan atrevida lógica fué también confirmada de la manera más conveniente.

Por cambios en el modo de hacer el

cultivo, conocidos solo por la alta bacteriología, y en los que no eran extraños la acción del calor y el mayor tiempo que se dejaba transcurrir de una siembra á otra, consiguióse que los virus infecciosos disminuyeran de su virulencia, sin perder por esto la identidad de naturaleza que conservaban con el virus cultivado en todo su vigor. La disminución de la virulencia del virus se conoció primero por la inspección del cultivo, en el que se notó que el microbio sufría un retardo en el tiempo de su desarrollo; y en segundo lugar, porque inoculando este virus atenuado, se obtuvo en veinte inoculaciones veinte veces la enfermedad solamente, al paso que inoculando veinte veces el virus bien infeccioso, se mataba igual número de animales.

Avanzando después en el experimento de la atenuación de los virus, se aguardó que sanaran los animales que solo habían adquirido la enfermedad con la inoculación del virus debilitado, y cuando aquello sucedió se les inoculó el virus bien infeccioso, y ¡oh prodigio! se vió que esta vez no morían, asegurando todavía más este efecto, haciendo en lugar de una dos ó más inoculaciones con el virus atenuado, si acaso tenían los animales particularidades orgánicas en su contra.

Habíase probado pues, con esta última experiencia, que la enfermedad se había preservado por sí misma, tal como sucede en las enfermedades virulentas; y que una variedad de virus parasitario cultivada de cierta manera, é inoculada, se había conducido al frente del virus primitivo, como lo hace exactamente la vacuna con la viruela, enfermedades de la misma naturaleza, pero de virus atenuado la primera y muy virulento la segunda.

Complementariamente, se vió que los virus atenuados conservaban indefinidamente su atenuación ó debilitamiento, aunque se repitieran con

ellos los cultivos en el número que se quisiera, tal como sucede con la vacuna, que se conserva siempre la misma, apesar de sus diferentes é indénhdas generaciones; con una difereencia sinembargo, que favorece á los virus atenuados experimentalmente, y es que éstos, como de naturaleza parasitaria, es decir, compuestos de seres vivos, pueden ser cultivados y recolectados fuera de la economía, (1) y la vacuna, desconocida todavía en su esencia, no puede ser cultivada ni recolectada sino en la misma economía.

Tal es la teoría del trabajo emprendido en la moderna Patología y cuya tendencia es la profilaxis de las enfermedades; teoría que solo he bosquejado de la manera más compendiada posible, tanto por no poder hacer otra cosa un simple admirador de su bellezas cuanto porque solo así la podía reducir á los límites de un discurso.

He suprimido los nombre de los sábios que acometieron la obra del parasitismo, las fechas en que se realizaban los sucesos y el nombre de las enfermedades que fueron estudiadas, porque así convenia á mi exposición, y porque en vuestra ilustración consta todo ello, particularmente el conocimiento que teneis de que si algunos sabios descubrieron los primeros micro-organismos patógenos, fué el gran Pasteur el que hizo lo demás: ese hombre superior, cuya apología más grande consiste en narrar simplemente, aun cuando sea de un modo imperfecto, todo lo que ha hecho, todo lo que pretende hacer por la humanidad!

La limitación de la vida del hombre, que impide conocer la verdad del mundo, no consentirá tal vez que

Pasteur y los bacteriologistas de esta época consigan su propósito de dejar á la humanidad la vacuna de todas las enfermedades infecciosas que son el azote de sus gentes, de sus animales domésticos y de su agricultura; pero estando también escrito en el destino, que alguna vez que el génio del hombre alcance aquella verdad, las generaciones venideras, cuando hayan obtenido el beneficio que hoy no poseemos del todo, tendrán que reconocer que es á la teoría pastorianiana á la que deben el poderse preservar del sarampión, de la escarlatina, de la fiebre amarilla, del cólera, de la fiebre tifoidea, de la difteria, de la sífilis etc., etc.

Dejar esta teoría de la atenuación de los virus y de las inoculaciones preventivas, sin hacer una referencia histórica á favor de Jenner, sería una injusticia.

Nueve años solamente faltan para que el mundo científico, en la reconstitución que hace del pasado, cante de nuevo el elogio de ese gran hombre, que en 1798 elevó al rango científico, la tradición que escuchara un día de boca de una campesina sobre el preservativo que daba para la viruela: la *picote* de las vacas transmitida á las manos de las lecheras. Nosotros, adelantándonos á esa época primer centenario de aquel descubrimiento, queremos referir la doble experiencia que Jenner instituyó para dejar probada la facultad preservativa de la vacuna.

Por una parte, Jenner inoculó con el virus de la *picote* de la vaca á varias lecheras, que por razón de su oficio tenían en sus manos las huellas características de aquella enfermedad y la operación no tuvo ningún resultado.

Por otra parte, Jenner sacó de las manos de Sara Nelmes el precioso virus y lo inoculó en los brazos de un niño de 8 años llamado Phipps, y á los tres días después, las picaduras se cubrieron de botones pequeños,

(1) Circunstancia que significa una fuente inagotable de beneficios para el sistema de las inoculaciones preventivas, no siendo el menor el poder hacer esta clase de vacunaciones sin el temor de la trasmisión de diatesis morbosas, como sucede con la vacuna.

que al octavo día eran verdaderas pústulas umbilicadas.—Faltándole saber á Jenner, si el niño quedaba con esta operación preservado de la vacuna, la inoculó de nuevo al año siguiente, y al cuarto día de practicada la inoculación, se borraron las picaduras sin dejar el más pequeño signo de infección.—Había quedado probada para siempre la acción preservativa del virus vacuno para consigo mismo y para la viruela, enfermedades de la misma naturaleza, como ya he tenido ocasión de decirlo.

Tienen los hombres en su lenguaje cuando tratan de las cosas que han embargado su espíritu, frases que por sí solas bastan para denunciar en ellos la idea que persiguen, y que después de su muerte podrían quedar para hacer el epitafio de su tumba.

Cuando se preguntó á Jenner en los últimos días de su vida, si la vacuna había degenerado con el tiempo, contestó: "La vacuna no ha degenerado, no ha cambiado nada, como no han cambiado las hojas de la rosa ni la yerba de los campos."—Jenner en el tiempo que sobrevivió á su invento, no pensó en otra cosa que en ver si la vacuna se desvirtuaba.—El tiempo ha confirmado las bellas palabras de Jenner: Hasta hoy la vacuna no ha degenerado, como tampoco ha cambiado la vacuna del carbunco de Pasteur.

Volviendo á Carrión, jóven cuyo heroísmo legó á la Medicina Nacional el conocimiento de la virulencia de la Verruga, y la unidad patológica que existe entre esta enfermedad y la "fiebre de la Oroya," debe su espíritu, si alguna noticia le vá del mundo, estar satisfecho de su sacrificio, porque con él ha dejado una semilla fertil en el terreno que quiso cultivar. Una prueba de ello, es la calidad de los trabajos que acreditan que la "Unión Fernandina" sabe cumplir religiosamente el encargo que le hiciera Carrión en

su testamento científico, cuando pocas horas antes de morir dijo á un colega suyo "Aun no he muerto amigo mío; ahora les toca á UU. terminar la obra ya comenzada, siguiendo el camino que les he trazado."

DISCURSO

DEL DR. CASIMIRO MEDINA EN LA VELADA CON QUE LA SOCIEDAD MÉDICA "UNIÓN FERNANDINA" CELEBRÓ EL 4º ANIVERSARIO DE DANIEL A. CARRIÓN.

Señor Presidente:

Señores:

Designado por vosotros para tomar la palabra en este día clásico para la Medicina nacional, en que la Sociedad "Unión Fernandina" conmemora el cuarto aniversario de la muerte de nuestro compatriota Daniel A. Carrión, permitidme os manifieste con toda franqueza, que al aceptar tal encargo, lo hice como un homenaje de respeto á la memoria de la ilustre víctima con quien me ligó hasta el último momento de su vida la amistad más íntima y como una señal de obediencia á vuestro mandato.

Escritos que recuerden los méritos, que con su glorioso sacrificio y su abnegación sin límites por la ciencia, contrajo el que hoy es objeto de esta pública manifestación, exigen una pluma más ejercitada que la mía. Discu'pad señores y no veáis en este modesto trabajo, sino el deseo de satisfacer á la Sociedad que me ha honrado, contándome en el número de sus miembros.

Si el cultivo de cualquiera ciencia exige para el que á ella se dedica cualidades especiales, el estudio del hombre por ser indudablemente el más interesante de todos y el que más requiere aptitudes particulares, es el que más debe preocupar nues-

tra atención y al que debemos consagrar todas nuestras fatigas y desvelos.

Dotado Carrión de estas cualidades, progresista por naturaleza, no quiso permanecer estacionario en el movimiento científico que día á día se vá desarrollando poderoso y gigantesco. De espíritu noble y elevado, tan luego que se dedicó al estudio de la Medicina, se consagró á ella con todo el entusiasmo de su carácter y la energía de su génio audáz, resuelto á disipar las nubes que oscurecieran la luz de su inteligencia y de la verdad científica. Para él no fueron creados los obstáculos, era su gloria el vencerlos y siempre que alguno se presentaba en su camino, disponíase gozoso á la lucha, seguro del triunfo.

Es así señores como se comprende que deseoso de aclarar uno de los puntos concernientes á la Medicina nacional y ávido de confirmar hipótesis que sobre la Verruga peruana había formulado durante el tiempo que la estudió y observó, abandonando teorías y dejando á un lado doctrinas, se lanzase intrépido y resuelto en la vía experimental, decidido á llevar á cabo su propósito.

El estudio que él perseguía con tanto empeño y afán no lo comprendía como la generalidad; quería investigar todo lo concerniente á la verruga, resolviendo más de una incógnita que no podía despejarse, sino abandonando la vía que otros habían recorrido, queriendo á la vez dejar adquiridos para la ciencia principios sólidamente establecidos y cuya conquista no podía hacerla sino lanzándose al terreno de la experimentación patológica.

Y fué así señores como se decidió á proceder, sin que nada, ni nadie le hiciese desistir de tan atrevido proyecto.

Él comprendía que son descubrimientos é investigaciones los que de-

dedicados al estudio de la Medicina, van en pos de secretos que pretenden arrancar á lo desconocido, y que si para conseguir estos resultados era necesario tener como punto de partida una hipótesis, las que él había concebido acerca de diversos puntos concernientes á la Verruga, le autorizaban, diré mejor, le obligaban á verificar su comprobación por medio de la experimentación.

Tal convencimiento, hijo de profundas y arraigadas convicciones, encontró en su ánimo acojida tan entusiasta, que á pesar de saber que la experimentación exijía la necesidad de provocar los fenómenos por medios apropiados y en condiciones especiales y determinadas por el objeto que se propone, no quiso escuchar tales preceptos que retardaban la época en que había resuelto llevar á cabo su atrevido pensamiento y en que la adquisición de los principios que perseguía serían la coronación feliz de sus trabajos.

Permitidme, señores, os recuerde con este motivo frases que constantemente deben estar presentes á nuestra memoria y que nunca debemos olvidar; ellas traducen de una manera por demás elocuente su firme é incontrastable resolución de llevar á cabo su arriesgado y atrevido proyecto, sin que los que fuimos amigos suyos pudiéramos disuadirle un solo momento, apesar de exponerle los males que podrían sobrevenirle: "Qué hacer, no me asustan las deformidades que la erupción de la Verruga pueda traerme, y si tan fatal fuese que su desarrollo tuviere lugar en algun órgano noble, habría pagado con mi vida mis más ardientes deseos. Ustedes saben que he tenido demasiado tiempo para pensar en esta inoculación, que de antemano he previsto los accidentes graves que ella puede traerme; pero ¿no es cierto tambien que las Ciencias, sobre todo la Medicina, deben en gran parte su adelanto á experimentaciones arriesgadas?"

He aquí, señores, retratado al verdadero Apóstol de la Ciencia, al que comprendiendo el importante papel que desempeña el Médico en los destinos de la humanidad, acepta su profesión como un verdadero sacerdote, al cual debe sacrificar si es posible su existencia, en obsequio de aquellos á quienes conservándose la les consagra sus peligros y desvelos.

Concepción tan atrevida era solo propia de un alma tan templada como la que animó su ser; quiso poner en práctica ideas tan sublimes, y sin vacilar, confía sereno y resuelto á la lanceta la resolución de los oscuros problemas cuya solución perseguía, tanto para satisfacer la constante preocupación de su inteligencia, como por la gloria que tendrían que reportarle las innovaciones científicas que habían de resultar de tan arriesgado experimento.

Es así como progresa la Ciencia á impulsos del carácter y genio de los que la han levantado á la altura en que se encuentra.

Si el fin que el Médico persigue al observar una enfermedad, se reduce á la simple comprobación de los fenómenos que constituyen su sintomatología y á agruparlos debidamente según los diferentes períodos que recorre, la Medicina estaría en su primitiva infancia, no habría alcanzado el notable progreso que hoy contemplamos y permanecería reducido á una expectación más ó menos sistemática ú ordenada; pero cuando se quiere investigar el misterio que envuelve ó trae consigo el origen de las enfermedades, las causas que les dán nacimiento y todo lo que á ellas concierne, se hace indispensable que venga en su auxilio la experimentación.

El progreso de la Medicina exige, que abandonando la región abstracta de los sistemas, se encamine hácia su vía científica definitiva, revistiendo la forma analítica y entrando de lleno

en el método de investigación propio de las ciencias experimentales.

Es necesario que desaparezca por completo el empirismo de la Medicina, para que tomando su verdadero aspecto científico, sea á este á quien deba sus progresos, aplicando el razonamiento á los hechos que la observación y la experimentación nos suministran.

La experimentación es la base práctica, la parte ejecutiva del método experimental aplicado á la Medicina; pero para que ella dé los resultados que deben esperarse de su empleo, es necesario que la teoría y la práctica vengan en su auxilio, aportándole el poderoso contingente de su apoyo.

Cuando no se tiene base sólida sobre la cual se puedan apoyar conjeturas, cuando para las caprichosas escurciones de la imaginación no se posee más que el terreno movedizo de lo posible ó de lo verosímil, solo se pueden construir palacios encantados que el aire desvanece con la misma facilidad con que se edifican.

La experimentación tiene por punto de partida la observación; el observador quiere conocer lo que preocupa su atención, aquello que excita su curiosidad, concentra su atención sobre lo que desea estudiar; de esta manera, asiste al desarrollo del fenómeno, lo sigue en su evolución, puede prolongarlo ó hacerlo renacer á voluntad y aún variarlo, modificando las condiciones que lo han hecho nacer ó que lo acompañan.

Si todos los progresos de las ciencias experimentales se juzgan por el perfeccionamiento de sus métodos de investigación, podemos decir que todo el porvenir de la Medicina experimental está subordinado á la creación de un método semejante, aplicable con fruto al estudio de los fenómenos de la vida, sea el estado normal, sea el estado patológico; es por consiguiente en el laboratorio y en el Hospital donde deben buscar-

se estos recursos que convertirán á la Medicina en verdadera ciencia progresista.

La Medicina no debe ni puede encerrarse en el círculo estrecho y reducido de la contemplación pura, de la meditación platónica como dice Bouchard; pues si fuese necesario marchar por un terreno completamente desconocido, no lo haríamos de una manera automática ó incoordinada, sino que acudiríamos á la observación y evitaríamos así los escollos que encontraríamos en el camino de nuestras investigaciones.

Semejante concepción de la Medicina experimental no debemos olvidarla por un solo momento, si queremos que la Ciencia á la cual consagramos nuestra existencia, alcance el carácter de tal y si queremos á la vez ser dignos del ejemplo que al morir nos legará el inmortal estudiante, en cuyo obsequio nos vemos hoy congregados en este recinto.

No debemos aceptar por un solo momento la máxima de Gaubius: "Más vale detenerse que marchar en las tinieblas," pues si profesáramos tal principio ¿cómo podríamos concebir el adelanto de la Ciencia que bajo todas sus manifestaciones ha llegado al progreso floreciente de hoy, sino mediante el esfuerzo y sacrificios de los que la sacaron de la ignorancia en que se encontraba en no lejanos tiempos?

Si nos fijamos detenidamente en la marcha creciente del movimiento intelectual, tendremos que convenir en que es de esta manera como ha caminado el espíritu humano desde el principio de los siglos. Las más grandiosas concepciones de la imaginación se han realizado sin medir los peligros que para verlas confirmadas se pudieran presentar ¿Cómo no admirar al inmortal navegante, que por comprobar una hipótesis que germinara en su cerebro acerca de la existencia de mundos desconocidos, se lanzara intrépido y resuelto á la

inmensidad del Océano, confiando á la profundidad del abismo, su génio, su gloria y la vida de sus compañeros?

Si el experimentador, en virtud de una interpretación más ó ménos probable pero anticipada, de los fenómenos que observa instituye una experiencia, para que en el orden lógico de sus previsiones adquiriera un resultado que sirva de contraprueba á la hipótesis que hubiera formulado, ó á la idea preconcebida; Carrión que ya había formulado algunas acerca de la naturaleza infecciosa de las verrugas, su inoculabilidad etc. y que confirmó con su arriesgado experimento la hipótesis cuya solución por tanto tiempo buscada solo su muerte vino á establecer, debe de ser colocado en el número de los experimentadores que han contribuido con el sacrificio de su preciosa existencia á conquistar verdades para la ciencia, gloria á su patria, lustre al Cuerpo Médico, estímulo para los que se dedican al estudio de las Ciencias Médicas y alivio para la humanidad doliente.

Seamos siempre gratos á su memoria y recordemos con orgullo á la vez que con respetuosa veneración al que, proponiendo entre nosotros el primer problema de Patología experimental, ha colocado la primera piedra que servirá de base para la construcción del grandioso edificio de la Medicina Peruana.

Inspirémonos en su ejemplo para contribuir por todos los medios posibles á completar la obra que tan brillantemente comenzó á edificar, y reconozcámosle el mérito de su gran iniciativa al haber inaugurado entre nosotros la nueva era del progreso médico. Comenzamos ya á notar los benéficos resultados que muy pronto adquirirán proporciones notables, siempre que entusiastas y decididos nos esforcemos en seguir la luminosa huella que nos trazara Carrión.

Recordemos siempre con admira-

ción el espíritu sereno y la inquebrantable energía que caracterizó su vida, hasta que su osado experimento vino á ponerle término; pues si fué doblegada su parte material bajo la influencia del dolor físico, conservó intacta esa fuerza moral que no le abandonó por un solo momento, hasta que el principio vital que anima nuestro ser se separó de su organismo para inscribir su nombre en el mundo de la verdad.

Viendo confirmada su hipótesis observó por sí mismo, consignando hasta donde le fué posible el resultado de sus observaciones, razonando con claro y recto criterio, comparando, analizando y deduciendo los fenómenos que en él mismo iban produciéndose, á medida que se desarrollaban en su organismo los trastornos engendrados por la inoculación verrucosa.

Es así señores como la Medicina, ciencia de observación y de experimentación, marcha sin cesar y á pasos gigantescos hácia la perfección á que aspiran todas las ciencias; es solo con ambos atributos que puede seguir su carrera gloriosa el que á su estudio se consagra; pues si solo las observaciones constituyeran su tarea y objeto, su acumulación indefinida no conduciría á ningún resultado práctico; pero sobreviene el razonamiento experimental y es entónces cuando podemos ver el lado útil y positivo.

El carácter distintivo de la Medicina moderna, lo que la separa de cuantas elucubraciones hipotéticas representaron los períodos científicos anteriores, es sin duda alguna el empleo del método experimental, único medio capaz de impulsarla vigorosamente por el camino de su definitivo perfeccionamiento y ofreciéndole á la vez bases tan sólidas como indestructibles.

La experimentación fisiológica y patológica es la palanca con cuyo esfuerzo podrá elevarse á la catego-

ría de verdadera ciencia, lo que ántes era un conjunto de datos empíricos, expuestos al azar sin orden ni concierto y desprovistos por consiguiente de toda sistematización científica. Las ciencias más avanzadas, es decir las más ricas en leyes, las más exactas, son las experimentales, las que emplean la experimentación como procedimiento único ó principal, la Física y la Química por ejemplo. Los fenómenos del mundo físico se realizan en un medio simple singularmente explorado y ya prodigiosamente conocido, pero ¿en qué condición tan distinta se encuentran los del medio orgánico, particularmente cuando se halla alterado por la enfermedad!; por eso debemos buscar á todo trance en la experimentación el establecimiento de leyes fundamentales que rijan nuestro organismo, tanto en el orden fisiológico como en patológico; quizás si conseguido este progreso, pueda el Médico desempeñar su difícil magisterio con la sencillez del naturalista, la precisión del físico y del químico, y la exactitud del matemático, reduciendo la vida á una fórmula algebraica.

Tiempo es de que abandonemos el empirismo clínico que hasta ahora poco nos ha sojuzgado, estableciendo el vínculo que existe entre la causa y el efecto, descubriendo el misterio que envuelve nuestra existencia, investigando la relación que existe entre nuestro pensamiento y nuestro cuerpo, entre el espíritu y la materia. Solo así nos haremos dignos de recoger la herencia científica de Carrion y de su nombre inmortal, reivindicando para la Medicina Nacional el lugar que le corresponde en el rol del adelanto y del progreso universal.

La Medicina experimental como dice Claudio Bernard, es la Medicina que tiene la pretención de conocer las leyes del organismo sano y enfermo; por eso la Medicina tiende fatalmente á volverse experimental. Es

su base científica la Fisiología, que debe ser constantemente aplicada para comprender y explicar el mecanismo de las enfermedades y la acción de los agentes medicamentosos ó tóxicos.

Iniciada para las Ciencias médicas la gran revolución científica bajo la poderosa impulsión creatriz de géneos que como Magendie y Cl. Bernard contribuyeron en tan vasta escala á su adelanto, continúa realizando sus inmensos progresos bajo Pasteur y sus discípulos.

La Medicina tradicional, las enseñanzas legadas por nuestros antepasados, se transforman y esclarecen á la luz de la experimentación; pero deben siempre servirnos de guía, son el fruto de siglos de observación, y esta y el estudio imparcial de los hechos nos llevan casi siempre al conocimiento de la verdad.

La observación objetiva y empírica del fenómeno y de su producción espontánea ha cedido su lugar á la observación experimental, es decir á la sollicitación, á la provocación deseada de este fenómeno, que franqueando las barreras de secular preocupación y pasando por encima de antiguas tradiciones, ha arrancado á la esclavitud escolástica los derechos y prerrogativas de la inteligencia, permitiendo que el espíritu humano, recobrando su libertad tanto tiempo perdida, marchase á la conquista de la verdad por la ciencia y la razón.

La experiencia, bella imagen de la naturaleza, permite al hombre reproducir los fenómenos para estudiarlos con el detenimiento y observación indispensables á las limitadas facultades de que fué dotado; ella no es otra cosa que un perfeccionamiento de la observación, ó si se quiere, es la producción artificial de los fenómenos para ver su desarrollo preciso completo y metódico.

Donde quiera que vemos un fenómeno tratamos de imitarle: no contentos con esto ponemos en actividad

nuestras facultades intelectuales para descubrir la causa y las relaciones que lo unen con sus efectos—las leyes naturales. Resguardados por la razón, caminamos con paso certero hácia el fin que perseguimos; más si por efecto de nuestras limitadas dotes ó por el escaso desarrollo de la ciencia, llegamos á un término cuya explicación no alcanzamos á comprender, entra el dominio de la imaginación creadora, que sublime y grandiosa, nos presenta con sus seductoras formas una combinación, un plan, una teoría con que llenar el vacío que nos dejara la inteligencia.

Esta teoría, fundada la mayor parte de las veces en la generalización, no solo satisface nuestro primer anhelo, sino que recorriendo en determinados casos el velo que oculta la verdad, nos dá á conocer nuevas leyes y hace que caminemos hácia la perfección.

Para alcanzar el hombre los progresos que hoy admiramos, ha empezado por aplicar su inteligencia y su observación á los fenómenos de la naturaleza; un exámen continuo le ha conducido de descubrimiento en descubrimiento, de combinación en combinación, y provisto de estos materiales siempre nuevos, ha conseguido avanzar incesantemente por la vía de la ciencia, sin hallar nunca límites á su insaciable deseo de saber. Por otro lado, el progreso hácia el cual le conducen sus tendencias íntimas, no es una idealidad perdida en un mundo metafísico inaccesible á las investigaciones humanas, sino una estrella fulgurante que atrae hacia su foco central todos los pensamientos ansiosos de verdad y sedientos de ciencia.

Tiempo es, señores, que pensemos hacer por nuestra parte algún esfuerzo por sacar á la Medicina Nacional de la postración en que yace; tiempo es de que, abandonando la ruta hasta hoy recorrida, busquemos en nuevos horizontes la gloria á que aspi-

ramos, y que la inauguración entre nosotros de la Medicina experimental sea el primer paso que demos en la nueva vía en que pretendemos entrar.

No nos desalienten los obstáculos con que hemos de tropezar para llevar á cabo nuestro propósito. Cuanto más difícil es el progreso, más enérgicos deben ser nuestros esfuerzos para multiplicar el número de los que, apartándose de la rutina, conocen algo más que los apetitos materiales y sienten desarrollarse dentro de sí mismos un alma superior llamada á inmortales destinos.

Tengamos en cuenta las ventajas que nos reportaría, bajo el punto de vista profesional, el establecimiento de un Laboratorio donde pudiera hacerse este estudio práctico; el inmenso progreso que alcanzaría la Medicina peruana, conociendo perfectamente las dolencias propias de nuestro suelo, é inscribiéndolas oportunamente en el cuadro nosológico. Solo así completaríamos la obra de Carrión: estudiando la Verruga bajo todas sus facies, en sus distintas manifestaciones.

Los Laboratorios, dice Claudio Bernard, son la condición *sine qua non* del desarrollo de la Medicina experimental; pues bien, es allí donde debemos buscar y reunir los elementos necesarios para el progreso de la medicina práctica. Sigamos los consejos del insigne Fisiólogo gloria de la Francia y del mundo entero, y procuremos por cuantos medios estén á nuestro alcance convencernos de la importancia que encierra este axioma científico, llevando á debido efecto su realización.

La humanidad no ha alcanzado aún la era luminosa á que aspira; se necesitan siglos de preparación lenta y de penosos trabajos para llegar al conocimiento de la verdad. No hay día sin aurora, y si la época presente resplandece sobre las anteriores por los grandes descubrimientos que la

caracterizan, es porque ella realmente nos anuncia ese venturoso día; pertenezcáncle pues todos nuestros esfuerzos y vigiliass.

Abriguemos, señores, la firme convicción de que el progreso seguirá su carrera gloriosa á través de las generaciones venideras y que nuestra tarea debe reducirse á trabajar animosamente por guiar nuestros pasos en la senda que tan gloriosamente nos dejara expedita nuestro inmortal compatriota Daniel A. Carrión.

VERRUGA CEREBRAL

CONFERENCIA LEÍDA POR EL DR. D. RICARDO QUIROGA Y MENA EN LA VELADA DE OCTUBRE, CELEBRADA EN HOMENAJE DE DANIEL A. CARRIÓN POR LA SOCIEDAD MÉDICA 'UNIÓN FERNANDINA.

Señor Presidente:

Señores:

Cinco de Octubre del año 89 significa para la Fernandida cuarto torneo literario-científico, honores funerarios en recuerdo impercedero de una ilustre víctima, de un mártir de la ciencia de Galeno, cuyo recuerdo es motivo de gloria y justo orgullo para el Perú.

Debo á vosotros el honor de dirijiros la palabra en este día, clásico en la historia de la ciencia Médica Nacional; pero confieso con toda franqueza, que si bien es cierto que me encuentro gozoso al ocupar esta tribuna, por cuanto en algo me cabe la felicidad de contribuir á la formación de esa fúnebre corona, que mientras exista nuestra sociedad, no ha de tener fin, no por eso deja de mortificarme profundamente el considerar mi incompetencia para halagaros en esta noche, respondiendo á vuestro mandato.

Desco por el momento, exijiros

que la misma bondad que tuvisteis para elejirme, la conserveis latente para excusar todos los desperfectos y errores en que pueda incurrir.—Solo de este modo tendré ánimo para presentarme ante tan ilustrado auditorio á discutir un punto nuevo en la ciencia. Y cuán feliz me consideraré si logro siquiera entreteneros, ya que nó satisfaceros.

Conforme á nuestros Estatutos, debo hablaros del mismo elemento destructor que abrió las puertas de la inmortalidad á nuestro querido amigo.

Vasto es el campo para su desenvolvimiento, máxime cuando nada está hecho y todo por hacer. Sin embargo, tarea bien difícil me hé impuesto para salir del paso, por que quedo sujeto á mi propia observación científica, sin contar—para rectificar errores—con los innumerables volúmenes de consulta que la elección de cualquier otra materia nos ofreciera.

Advertiré que no tengo la pretensión de traeros descubrimiento alguno ni estudio de fenómenos muy singulares que hayan podido escapar á vuestra ilustrada experiencia; mi único fin es presentaros en concreto un pequeño número de observaciones que no siempre se encuentran en enfermedades de esta clase, y que quizá alguna vez habreis tropezado con ellas en la práctica hospitalaria ó particular.

Verruga del Perú es el tema deliberrado; el recuerdo de estas palabras siempre conmueven hondamente mi espíritu, por que queda sujeto, si la expresión se me permite, al choque de dos sensaciones: es la primera de pesar y dolor, de ver suprimido tan prematuramente del cuadro de las existencias nacionales al hombre mas abnegado de nuestras generaciones médicas; y la segunda, de placer y felicidad, por cuanto con un simple golpe de lanceta se ha dado á la medicina nacional el descubrimiento mas grandioso: la identidad de dos entidades morbosas en apariencia tan dis-

tintas—la *fiebre de la Oroya* y la *Verruga andícolá*.

El origen de este proceso morbooso no es exótico, es oriundo de nuestra localidad.—Parece haber sentado plaza muy especialmente y con toda su potencia de acción, en sitio determinado á las orillas del Rimac; no obstante, probado está que el virus generador existe en algunos otros puntos de la Cordillera. Pero es de notarse, que si hemos podido comprobar la enfermedad de Carrión en varios puntos de las faldas occidentales de nuestra cordillera, en la forma que llamaremos *verruqa simple*, no ha pasado lo mismo con la faz aguda, grave, casi siempre mortífera, llamada *Fiebre anemizante de la Oroya*. Por esto creo que á orillas del Rimac, el virus se ostenta con toda su intensidad y que probablemente es el verdadero foco de origen.

Notable es la semejanza que esta epidemia americana tiene respecto á origen ó manera de ser, con otra que tiene por patria natal el Asia, oriunda del Indostan: nace como la nuestra á las orillas de un río—el Ganges; es tambien debida á un virus especial—el veneno colerígeno; es mortífera; y haciendo un estudio comparativo de estas dos individualidades, son bastantes las relaciones para que pudieran ser colocadas—la enfermedad de Carrión y el Cólera Indiano—en idéntico grupo nosológico: enfermedades zimóticas.

La naturaleza al parecer ha querido tambien darnos puntos de semejanza en nuestra geografia médica con otros países. Con todo, podemos darle las gracias; pero hubiera sido de desear el no tener á este respecto semejanzas absolutamente con nadie.

Pero no es el hecho aislado de las relaciones de alguna semejanza de estas dos enfermedades, razon suficiente para designar el lugar que debe ocupar la "enfermedad de Carrión" en la Nosografía; las que siguen parecen ser mas concluyentes.—Esta

enfermedad, reúne los caracteres generales y esenciales de las infecciones: —Lo manifiesta por su origen, manera de actuar y evolucionar sobre el organismo, correlación de caracteres ó afinidades clínicas, por el hecho bien demostrado de su transmisibilidad del hombre al hombre, por inoculación; transmisibilidad que quizá se extiende aú á algunos animales, lo cual quedará probado mas tarde, con el resultado de nuestras experiencias fisiológicas.—El principio contagioso, agente infeccioso desde luego, parece tener el carácter de reproducción y multiplicación indefinidas, y fácil es admitir que solo quedaría agotado, en el caso raro de que no hubieran individuos aptos para recibirlo.—Este último carácter esencial, tiene para los autores modernos fuerza de ley obligatoria.

El sitio particular que corresponde á la Verruga entre las enfermedades infecciosas, tendremos ocasión de precisar más tarde.

Si hemos fijado con alguna claridad el origen y naturaleza de la Endémia Peruana, no podemos ofrecer aun una definición satisfactoria en el estado actual de nuestros conocimientos.—Tenemos observaciones en las cuales la fiebre, los dolores, el prurito y algunos otros síntomas señalados como constantes, no se han presentado. Otras, en que hemos visto aparecer la Verruga, sin que haya molestado al paciente el más insignificante síntoma prodrómico durante el período de invasión. Y algunas, en que, ha tenido lugar la erupción con el preparativo mas raro que hubiéramos podido imaginar.

Las historias que siguen son ilustrativas al respecto: dos de los enfermos aludidos, aun convalecen en mi servicio médico (en el Hospital del "Dos de Mayo") y los pongo á vuestra disposición.

A.—Hacen más ó ménos dos años, que en la visita de la mañana recibimos un enfermo, que sufría de pérdi-

das de sangre por el recto.—En la calle había agotado sus recursos para curarse, sin conseguir su objeto: era indio, jóven y nada notable presentaba, á no ser un poco de Anémia.—El exámen interno del recto, aun con el espejo, no dió resultado; la melena se manifestaba rebelde á todos los tratamientos. Imposible nos fué averiguar la causa, que habría equivalido á hacer el diagnóstico; cuando, hé aquí que al amanecer de un día, lo encontramos brotado de una verruga discreta. El tratamiento se dirigió en este sentido, y poco á poco, continuando la erupción, fué desapareciendo la pérdida de sangre hasta cesar completamente. La verruga siguió su curso, y el enfermo curó.

En el mes de Agosto del año en curso he recibido otros dos enfermos: el uno, ocupa la cama número 37 de la sala de "San Pedro"; el otro, el número 20 de "San Francisco".

B.—El primero, sufría de una epístaxis tenaz desde cuatro ó cinco meses: era jóven é indio, y salvo una ligera anemia, no presentaba otra particularidad.—La pérdida de sangre era escaza; se presentaba más bien en las mañanas. No habiendo dado luz alguna el exámen de las fosas nasales, el diagnóstico era un problema. Todos los tratamientos fallaron, como era natural; pero derepente, y con bastante asombro de mi parte, se nos presenta cubierto de verrugas.—Hoy la epístaxis ha desaparecido, y la verruga sigue su marcha, en camino de curación.

C.—El segundo, es indio, fuerte, jóven, y fué conducido al hospital casi cadáver; no se daba cuenta de su existencia; nada pudimos obtener respecto de antecedentes.—El exámen de sus órganos nos daba resultado negativo, y solo á la presión del Bazo y del Hígado acusaba sensibilidad por respuestas mímicas. Las facultades mentales estaban paralizadas y embotada la sensibilidad general; el tacto de la piel producía igual sensación á la que

produce un pan de hielo, porque estaba cubierta de abundante sudor frío; el corazón latía con lentitud y sin fuerza, lo mismo que el pulso. En presencia de un cuadro tal que hacía sumamente difícil formar el diagnóstico, dispusimos inmediatamente un tratamiento complejo, porque veíamos agonizar á ese infeliz.—Presentó alguna mejoría en los días siguientes; y cuando hubo de pasar el ataque primitivo, se declara una enteritis, que duró mucho tiempo. A su terminación, aparece una verdadera caquexia, con derrame seroso general. También fuimos sorprendidos en este caso con un brote de verruga miliar roja, que cubría las piernas y los brazos edematosos del paciente. Cuando la erupción se hizo abundante y general, el derrame empezó á desaparecer, hasta borrarse del todo.—Desde este momento comenzó la verdadera convalescencia de nuestro enfermo.—Así es que la verruga sigue su evolución favorable y pronto quedará curado.

No son pues raros los casos, en que la erupción de la verruga se aparta de los tipos conocidos. Otros muchos, tenemos para afirmar, que son muy diferentes los fenómenos que pueden ofrecerse ántes de la erupción.—No podemos admitir coincidencias ó enfermedades intercurrentes, que perturben la marcha de la verruga, para todos los casos que conocemos.—La interurrencia será siempre la excepción, nunca la regla. Si aquellas fueran verdaderas entidades, ¿por qué no han cedido, como de ordinario, á las medicaciones apropiadas? ¿Por qué, para desaparecer, esperan que la verruga evolucione? La Verruga y el paludismo ocupan el mismo lugar, y son tantas y tan variadas las formas del último, casi como enfermedades hay; ¿por qué, pues, no ha de presentar también múltiples manifestaciones la verruga?

Por todo lo expuesto, juzgamos prematura toda definición.

Hasta aquí, algunas ideas generales sobre la materia que nos ocupa.

Entremos ahora, en el estudio clínico de la acción que el virus verrucógeno puede ejercer sobre el órgano más noble del ser humano: el cerebro, —tema de esta disertación.

Hemos colocado la enfermedad de Carrión entre las infecciosas; este solo hecho predispone á aceptar la posibilidad, de que su virus actúe sobre el encéfalo.—En efecto, la mayoría de estas individualidades patológicas dejan sentir su acción sobre los elementos nerviosos. Probado está, que la erupción de la verruga no solo tiene por sitio de elección la superficie externa del cuerpo: se ha presentado en las mucosas, y aun en las conjuntivas.—A propósito del sentido visual, hemos tenido ocasión de examinar un caso de tumor enorme (verruga mular) que tenía por punto de implantación uno de los globos oculares.—Para libertar al enfermo del sufrimiento, fué indispensable la ablación del tumor, juntamente con el globo del ojo ya destruido é inútil para la visión. Se comprende, que en ese maremagnum no era posible fijar el elemento inmediato del nacimiento del neoplasma.—En la faringe, laringe, intestinos, peritonéo, hígado, pulmones, se han presentado las verrugas: ¿Por qué entonces no podrían aparecer en el último piso de nuestro organismo, en el Encéfalo? La sangre que nutre á esta víscera es la misma que la que alimenta á todo el organismo; este líquido se altera profundamente con el virus verrucoso; es el primero que es atacado en el combate que el agente infeccioso libra á su víctima, y en que con frecuencia triunfa sobre ésta. La anémia que precede á la erupción es de ello una prueba elocuente.—Así también creemos que las lesiones anátomo-patológicas residen en la sangre. Esta sangre infecta, es la misma que toma el cerebro en abundancia; por que es indudable que él requiere mayor cantidad de líquido reparador pa-

ra desempeñar su papel, que cualquier otro órgano: lo comprueba su riqueza en redes vasculares. Luego, si además de manifestarse la verruga en la piel, se manifiesta en algunas vísceras, ¿por qué haría excepción la del cerebro, la que más se nutre con el elemento morboso? Los razonamientos expuestos parecen indicar que la verruga debería aparecer con frecuencia en el cerebro; y sin embargo, á pesar de tantos casos observados por competentes clínicos, es el hecho que por primera vez se llama la atención de los facultativos sobre su posible invasión en el encéfalo. Para nosotros, tratándose de fenómenos médicos, no tienen valor estas irregularidades, si así pueden llamarse; porque tenemos á la vista el conjunto de ciertas distrofías constitucionales, que alterando profundamente la sangre, como la verruga, no siempre resuenan en el órgano del pensamiento; más bien tienen predilección por aparatos determinados. La enfermedad tuberculosa es inquieta obligada del Aparato Pulmonar;— el cáncer tiene predilección por el Útero ó por el aparato digestivo, y la sífilis tiene á gala manifestarse en la superficie externa de la Piel, poniendo así al individuo una especie de sello que lo haga reconocer á distancia, lo mismo que hace la verruga.

(Continuará.)

CONFERENCIA

DEL DR. D. JULIAN ARCE, SOBRE LA FIEBRE DE LA OROYA, EN LA SESIÓN DE OCTUBRE DE 1889.

Señor Presidente:

Señores:

El 5 de Octubre de 1885, el Perú pagaba su contribución de sangre á la Ciencia experimental, en la persona de uno de sus mas nobles y heroicos hijos: el ilustre *Daniel Carrión*.

La conmemoración de ese hecho

glorioso para la medicina patria, nos congrega en estos momentos y me proporciona la alta honra de dirijiros la palabra.

Creo señores interpretar el sentido esencialmente práctico de los trabajos y fines de la "Unión Fernandina", y creo, así mismo, cumplir aunque en pequeña parte, el sagrado compromiso contraído con el amigo y compañero de ayer, ofreciendo á vuestra consideración algunos apuntes sobre una de las formas de la enfermedad, que hoy con justicia, lleva su nombre: la *Enfermedad de Carrión*.

Oíd, pues, con indulgente atención señores, al principiante que, atreviéndose, pisa los umbrales del templo de la ciencia.

FIEBRE DE LA OROYA Ó FORMA AGUDA DE LA "ENFERMEDAD DE CARRION."

DEFINICIÓN.

Es una pirexia infecciosa, que expresa el mas alto grado de la intoxicación verrucosa, endémica de algunas de nuestras quebradas, y caracterizada principalmente por los tres síndromas clínicos siguientes: 1º fiebre de tipo completamente irregular, acompañada, en la generalidad de los casos, de dolores óseos, articulares y musculares; 2º anemia aguda ó perniciososa, ó sea destrucción rápida y progresiva de los elementos globulares rojos de la sangre, y 3º trastornos más ó menos acentuados de los órganos hemopoyéticos.—Por incompleta que parezca esta definición, me parece la mas en armonía con el estado actual de nuestros conocimientos al respecto.—Por otra parte, más tarde veremos que la mayoría, si nó todos los síntomas, de esta forma de la Enfermedad de Carrión, pueden referirse á las tres agrupaciones clínicas que llevo indicadas.

ETIOLOGÍA.

La causa *determinante* por excelencia, é indispensable para la producción de la Fiebre de la Oroya, es hoy sin duda alguna la absorción del agente ó veneno verrucoso. La memorable inoculación de Carrión lo prueba de la manera mas evidente. — Existen, sin embargo, causas *predisponentes*, que juegan, á mi modo de vér, un importantísimo papel en la producción de esta enfermedad. — Tales son principalmente: 1.^a el estado del organismo, en el momento en que éste se pone en contacto con el veneno de la verruga, y 2.^a el tiempo de aclimatación en los lugares de endemia. — En efecto, sabido de todos és, que la receptividad del organismo para las enfermedades infecciosas, se encuentra siempre en razon directa con la deficiencia de la nutrición general, la disminución de las fuerzas, la miseria, las fatigas, la depresión moral, etc., y en razon inversa con el tiempo total de aclimatación en el lugar infectado.

Pero, no solo se limitan á esto las causas predisponentes que acabamos de citar, sino que intervienen de una manera más directa, mas inmediata, en la eclosión de la Fiebre de la Oroya, como vamos á probarlo.

Existe un *algo*, indudablemente, que es la causa eficiente de la verruga eruptiva y por consiguiente de la Fiebre de la Oroya. — Este algo ó agente, como lo llamaremos por ahora, encuentra los elementos indispensables para su desarrollo y propagación, en los terrenos, atmósfera y agua de los lugares donde son endémicas dichas afecciones y nada más que en ellas. Que esta proposición es verdadera, lo prueba el hecho por todos reconocido, de que solo existe, por lo ménos hasta hoy, la Enfermedad de Carrión y como consecuencia ese agente, en ciertas y determinadas localidades (la quebrada de Huarochi-

rín el Departamento de Lima, las quebradas de Llautan y Pariaccoto en el Departamento de Ancachs, por ejemplo), sin que jamás se la haya observado en ningun otro punto, tomado indistintamente. — Esto no quiere decir, desde luego, que la "verruga ordinaria" ó propiamente dicha, como llamaremos desde ahora á la forma eruptiva y la "Fiebre de la Oroya," no podrán presentarse nunca en otros lugares que aquellos, ó lo que es lo mismo: que su causa generadora no podrá desarrollarse jamás en otra patria, que la que hoy tiene. Nó absolutamente. Lo único que queremos decir és, que mientras no se encuentren reunidas, en un lugar dado, todas las condiciones requeridas para su existencia, no se las observará.

Ahora bien, el veneno verrucógeno parece que existe y vive principalmente, como se verá más adelante, en el torrente sanguíneo y quizá tambien en el linfático de los individuos atacados por cualquiera de las dos formas de la Enfermedad de Carrión. Pues bien, para que esto suceda, es necesario que dicho tóxico sea, ó elemento figurado de microscópicas dimensiones, en suspensión en dichos líquidos, ó un principio químico, soluble, disuelto en ellos. Aceptada esta deducción, como no puede ménos de aceptarse, tenemos que convenir, en que es muy posible, que ese principio infeccioso ó tóxico se encuentre á la vez en la tierra, aire y agua de las localidades donde habita ó se forma. En tal virtud, el hombre que en ellas se encuentre, estará constantemente bajo la acción de ese agente, tanto por su piel, como por sus mucosas. Y no puede, para librarse de su influencia, sino alejarse de él, ó esperar de la fuerza de su organización, del estado regular de sus funciones y órganos, y de la observancia de los preceptos higiénicos, el rechazo de tan temible enemigo. Reasumiendo, se puede decir, pues: que para que un individuo pueda

contraer la Enfermedad de Carrión en general, es necesario. 1º que se encuentre expuesto á la acción de un medio verrucógeno y 2º que su organismo experimente algun desequilibrio funcional ú orgánico. Pero ¿porqué circunstancias ó qué condiciones se realizan, para que en unos individuos se desarrolle la fiebre verrucosa benigna (relativamente) ó con erupción y en otros la maligna, de difícil erupción ó *de la Oroya*?—Y por otra parte, ¿es preciso que tomados dos individuos, en igualdad de medio y condiciones de organización, pueda ser atacado el uno de verruga ordinaria y el otro de Fiebre de la Oroya?—Y si esto sucede ¿cual es la causa?

Vamos á tratar de responder á estas cuestiones que nos hemos propuesto, por relacionarse íntimamente con las causas predisponentes de que nos ocupamos y cuya importancia tratamos de probar.

Háse dicho, por algunos, que la menor ó mayor cantidad de agente patógeno absorbido, era la que determinaba en el primer caso, verruga ordinaria y en el segundo "fiebre de la Oroya."—No participamos de esta manera de ver y concedemos el primer rol al estado especial del organismo, en el momento de la absorción á la menor ó mayor fertilidad del terreno en que vá á germinar la semilla. En efecto, sabemos perfectamente que el organismo, en el estado de salud, reacciona vivamente contra los agentes nocivos que le atacan, ya sea destruyéndolos con sus jugos naturales, ó no absorviéndolos, absolutamente, en virtud de la resistencia de sus sanos epitelium á su penetración. No así el organismo enfermo, que habiendo perdido su potencia de reacción normal ó la integridad de sus epitelium protectores, ofrece una ancha puerta de entrada á los elementos deletéreos.—Ahora bien, si aplicamos estas nociones, al caso particular de que hablamos, tendremos:

á mayor deterioro ó desequilibrio del organismo, menor resistencia del medio interno á la pululación y multiplicación de la causa mórbigena; que encontrando un terreno abonado, un caldo nutritivo apropiado, por decirlo así, se desarrollará con extraordinaria rapidez, á costa de los elementos orgánicos mas esenciales (glóbulos rojos); de donde: producción de una especie de intoxicación aguda—la *fiebre de la Oroya*. Por el contrario, á menor deterioro mayor resistencia, fertilidad menor del terreno, menor agudeza de la intoxicación—*verruga propiamente dicha ó eruptiva*. La forma que revestirá la enfermedad está, pues, bajo la dependencia del estado particular del organismo, que desempeña siempre el primer papel.

Hay, sin embargo, otra circunstancia, tan importante por lo menos como la precedente y digna de tenerse siempre en cuenta cuando se trata de esta cuestión. Me refiero á la vía por donde penetra el veneno.—En efecto, el agente verrucógeno, así como la mayoría de los organismos patógenos, actúa con mas intensidad, produce mayores trastornos, sobre todo, en un organismo en receptividad, á medida que la vía por donde penetra, lo pone mas prontamente en contacto con la sangre, que es, por decirlo así, su alimento; de aquí, la gravedad de la vía hipodérmica. Al hablar de la patogenia, volverémos sobre este punto.

Contestemos ahora á la segunda pregunta.—Creo muy posible y realizable, que á semejanza de lo que pasa en otras fiebres infecciosas, de dos individuos colocados en igualdad de medio, receptividad, etc. uno puede ser atacado de la forma benigna y el otro de la forma grave, y explicar esto, como en aquellas enfermedades, por la desigual aclimatación de ambos. En efecto, es indudable que en caso de absorción, el organismo del menos aclimatado ofrecerá menor resistencia, que el del mas aclimatado, que

está ya acostumbrado, por decirlo así, á luchar y vencer el elemento nocivo.—He aquí, pues, la importancia que tiene para mí la segunda causa predisponente que hemos señalado y que á mi modo de ver, ha desempeñado un interesante papel en el desarrollo de la fiebre de la Oroya, en los individuos de las observaciones Nos. 1 y 4 á que voy á dar lectura, así como á la N^o 3, por juzgarlo indispensable para la mejor inteligencia de esta disertación. No hago lo mismo con la N^o 2, por ser bastante conocida de vosotros: es la historia clínica de la enfermedad que victimó á nuestro heroico compañero y amigo Carrión.

DESCRIPCIÓN

SÍNTOMAS.—Los síntomas de la F. de la O., podemos dividirlos, para su mejor estudio, en dos períodos: 1.^o Período de incubación ó de latencia, y 2.^o Período de invasión ó de evolución.—Esta división me parece desde luego bastante natural, tratándose de enfermedades de carácter infeccioso, como la presente. Quizá mas tarde, con mayores datos y mejores estudios, se podrá subdividir el segundo período; pero en la actualidad, cualquiera tentativa en este sentido, sería prematura por lo menos.

Primer período.—Comprende el lapso de tiempo transcurrido, desde el momento en que la causa ó agente infeccioso, encontrando al organismo en estado de receptividad, es absorbido, hasta aquel en que traduce su presencia, por la 1.^a manifestación ó trastorno sintomático.—Por lo tanto, se comprende que este período, pasará completamente desapercibido para el enfermo, que no experimentará, durante él, alteración alguna apreciable.—La duración, me es muy difícil determinar, aun aproximativamente, en razón de la escasez, ó mejor dicho, carencia de datos, que existe al respecto. Me limitaré, pues, á

decir, que en tres de los enfetmos (Orihuela, Carrión y Barrera), cuyas historias hacen parte del presente trabajo, este período ha tenido una duración de tres á cuatro setenarios.

Segundo período.—La invasión de la F. de la O. se anuncia, en ciertos casos, por fenómenos prodromicos tales por ejm. como el que aconteció en Carrión y que consisten principalmente, en malestar general, sensación de cansancio, descomposición de cuerpo. Estos síntomas precursores pueden durar algunos días, con mayor ó menor intensidad, hasta que se manifiestan, bruscamente los que caracterizan la invasión propiamente dicha ó sea el segundo subperíodo, en que podrá descomponerse el período que estudiamos, si como creo, la observación llega á demostrar la frecuencia de dichos prodromos.—Con prodromos ó sin ellos, la F. de la O., se inicia violentamente por uno ó varios escalofríos, mas ó menos intensos, seguidos de fiebre, sudores óseos, articulares y musculares, y más tarde, anemia rápida y perniciosa.—Para mayor claridad y precisión, nos ocuparemos sucesivamente de cada uno de estos síntomas.

Fiebre.—Precedida, como acabamos de decirlo, de uno ó varios escalofríos, es acompañada á mas de los síntomas dolorosos y anemia que estudiaremos mas adelante, por todos aquellos fenómenos que son su cortejo obligado, donde quiera que se la considere: quebrantamiento, cefalalgia, anorexia, náuseas, sed ardiente etc.—Por lo que respecta, á la forma ó tipo que reviste en la enfermedad que venimos tratando, me parece, á juzgar por los tres casos que de ella he observado, que es muy irregular, pudiendo afectar ya el tipo francamente intermitente (caso de Orihuela), ya el remitente (Carrión al principio—Barrera y el enfermo del Dr. Salazar, casi hasta el fin) Y esta observación adquiere mas valor y certeza, si recordamos, la forma que afecta la

fiebre, en la verruga ordinaria ó erup-tiva donde, como se sabe, tampoco sigue nunca un tipo determinado y general.—El grado máximo que ha alcanzado, según las historias adjun-tas, ha sido 39° 8 (Obs N°2). Sin em-bargo, no sería extraño fuese más elevado, sobre todo al principio, cosa que es muy posible haya sucedido en Carrión, si nos fijamos en lo que nos dice en su diario de observación, cuya parte concerniente al 19 de Se-tiembre, dice: "Se despertó en seguida una fiebre elevadísima, que me fué im- posible marcar por medio del termó- metro, porque no podía ni moverme en la cama"; no habiendo sucedido esto en la noche del 20, en que pu- do tomarse la temperatura 39° 8, no obstante la persistencia y exacerba- ción de los otros síntomas. Las remi- siones, cuando existen, oscilan entre un grado y grado y medio.—La mar- cha de la fiebre, en los casos que es- tudiamos, ha presentado de notable la circunstancia de desaparecer por completo; descendiendo la tempera- tura, hasta por debajo de la normal (Obs. Nos. 1.2.3.) al aproximarse la terminación fatal.—Circunstancia es esta, que no debemos olvidar, cuando tengamos ocasión de observar algún enfermo de Fiebre de la Oroya, á fin de comprobarla.

La orina, durante la fiebre, es de color subido y bastante concentrada. —Desgraciadamente, no he podido hacer análisis alguno de este líquido cosa que conceptúo de mucha impor- tancia, sobre todo hoy, que los tra- bajos del eminente profesor Bouchard, sobre la eliminación por la orina de diversas sustancias tóxicas de origen microbiano, han abierto una nueva vía de investigación acerca de la pa- togenia de las enfermedades infeccio- sas) tanto por la carencia de medios, como por mi incompetencia para el asunto sobre todo.

Es aquí el lugar de manifestar, sin embargo, que si no hicimos (los con- discípulos de Carrión) el aná-

lisis de su orina, durante el curso de su enfermedad, fué porque habiéndo- la entregado á manos competentes (Dr Barranca). juzgamos completa- mente innecesario cualquier exámen que al respecto pudiéramos practicar. Pero fatalmente este profesor no ha he- cho análisis ó no ha querido partici- parnos el resultado de sus investiga- ciones. Hasta hoy no ha contestado sino con evasivas.

Anemia. —Uno de los síntomas más notables y característicos de la Enfermedad de Carrión en sus dos formas y principalmente en la que estudiamos, síntoma que domina y resalta en primera línea en el cua- dro mórbido, sobre todo en las épocas más avanzadas del mal, es la anemia. Pero la anemia en su forma más grave, verdadera carencia por destrucción de glóbulos rojos, anemia globular pura.—Para daros una idea aproximada de la intensidad y per- niciosidad sorprendentes de este sín- toma, me bastará recordaros lo que al respecto se observó en Carrión. El 3 de Octubre (1885) 17° día del pe- ríodo de invasión de su enfermedad, la sangre de nuestro malogrado ami- go, examinada al microscopio por el Dr. Flores, presentó los glóbulos ro- jos deformados é hinchados, llegando apenas su número á 1.080,000 por m.m. c. la cifra normal es, como se sabe, de 5 millones por m.m. c. según Vierordt)

Por lo demás, se puede casi seguir, por la inspección del hábito exterior del enfermo, los progresos de la ane- mia.

Bastan, en efecto, pocos días para transformar por completo al indivi- duo: Sumamente pálidas y exángües la piel y mucosas; desfiguranda la fisonomía en su conjunto; la mirada triste, los ojos hundidos y rodeados de ojeras; la nariz afilada; los pómulos salientes; los pabellones auriculares casi transparentes; la voz débil; la marcha vacilante; movimientos pesa-

dos, lentos tendencia á la posición decúbito; postración.

La respiración acelerada, el pulso blando depresible y frecuente; soplo intenso en la base del corazón, primer tiempo, foco aórtico; soplo que se continúa en los gruesos vasos del cuello; estremecimiento catario, más ó menos acentuado, en el corazón y en los vasos arteriales voluminosos.—Y si á estas manifestaciones objetivas, se agregan las subjetivas: mareos de cabeza, desvanecimientos, vértigos acompañados de náuceas, siempre que se conserva la posición vertical de la cabeza por algún tiempo, ó cuando se la torna bruscamente, estando en decúbito ó agachado, por ejemplo; llegando este síntoma á tal grado que, á fin de que el enfermo aproveche los alimentos no vomitándolos, se hace necesario administrárselos, con sumo cuidado, levantándole apenas la cabeza.—Debilidad general; pérdida de fuerzas, en extremo rápida y considerable, al punto de sorprender á los enfermos que juzgando por el poco tiempo de enfermedad, no creen encontrarse en ese estado (Obs. N.º 2) zumbido intenso y por demás penoso en los oídos (soplo de las carótidas;) sueño muy difícil de conciliar, agitado é interrumpido por pesadillas ó ensueños, que le despiertan fatigado y profiriendo palabras incoherentes: tal es, á grandes rasgos, el conjunto de trastornos provocados por la alteración que estudiamos.

Por lo expuesto, se ve que son los fenómenos de la amenia cerebral. los que más resaltan en el cuadro descrito, cosa que no debe extrañarnos, si tenemos en cuenta el principio de Fisiología general: que el órgano, de protoplasma más delicado, es decir, más irritable, es también, el que primero y más vivamente reacciona, ó sufre la acción del agente que viene á modificar, cualitativa ó cuantitativamente, el medio interior del organismo á que pertenece.

Dolores articulares. — Comienzan generalmente, como en la verruga ordinaria, por una de las articulaciones de los miembros; siendo al principio poco intensos, para atacar rápida y progresivamente otras, exacerbándose luego. Esas articulaciones ofrecen al mismo tiempo, un ligero infarto, sobre todo cuando los músculos adyacentes son también dolorosos. Estos dolores se continúan, además, á lo largo de los huesos que forman la ó las articulaciones atacadas.

Dolores musculares.— Aparecen, simultáneamente con los anteriores, espontáneos, aumentados por la presión y el ejercicio, ya concentrados en un solo músculo ó extendidos á un grupo muscular completo. Se observa, además, en estos órganos, calambres repetidos y fatiga rápida, por el menor trabajo.

Estas manifestaciones dolorosas disminuyen primero, para desaparecer, en seguida, hacia la terminación de la enfermedad. Sin embargo de esto, la presencia de los síntomas que nos ocupan, no es absoluta en la F. de la O., como no lo es tampoco en la verruga ordinaria ó eruptiva, donde se ha observado casos con falta completa de dolores, ó con dolores muy limitados.

Como se vé, hay una similitud completa entre estos síntomas y los que se observan en el período análogo de la otra forma de la Enfermedad de Carrión—período de invasión propiamente dicho de Carrión. Tanto en una como en otra, se presentan dichos síntomas dolorosos con los mismos caracteres, desapareciendo en épocas determinadas (en la verruga principalmente,) que guardan relación con la marcha de los demás síntomas. En efecto, sabeis perfectamente que en la verruga, las manifestaciones dolorosas se observan de preferencia con su máximum de intensidad y generalización, durante el período de invasión, acompañando

á la fiebre y anemia. Que, así mismo, comienzan á decrecer, á medida que la erupción se verifica. Ahora bien, en tres de las observaciones que adjunto esos dolores no han existido, sino al principio del período de invasión, habiendo desaparecido poco después y por completo. En la N^o 4 no se espresa si persistieron ó no hasta el fin.

Además de los síntomas, que dejo apuntados, hay otros bastante importantes y que parecen acusar cierta predilección de parte del veneno verrucógeno por determinados órganos. Me refiero al infarto, dolor hepático é ictericia concomitantes que han presentado los enfermos, cuyas historias nos sirven de estudio y que persistieron con pocas variantes, hasta el fin de la enfermedad. Si al lado de estos síntomas, que por su constancia en los casos aludidos, debe asignárseles un gran valor, colocamos las manifestaciones dolorosas de parte del sistema óseo, la atrofia y reblandecimiento del bazo (obs. 2, 3, 4.—autopsia), el aumento de volumen del hígado, (obs. 2, 3.—autopsia. En la N^o 4 no se dice nada al respecto) y el infarto de los ganglios mesentéricos (obs. 2 y 4) y tratamos de darles una explicación satisfactoria, veremos que nos basta para ello recordar tan solo los datos fisiológicos y anatómicos que poseemos al respecto, y que al mismo tiempo vienen á justificar la concepción que propusimos en nuestra definición, acerca de la "Fiebre de la Oroya". En efecto, en primer lugar la fisiología nos enseña que la formación de los glóbulos sanguíneos ó hemopoyésis, está bajo la inmediata dependencia de ciertos órganos, llamados por esta circunstancia hemopoyéticos y que estos órganos son: 1^o las glándulas vasculares sanguíneas (bazo, médula ósea, glándulas linfáticas, etc.) y 2^o el hígado. Por otra parte, la anatomía nos manifiesta también, que á

esta igualdad en los resultados de la actividad vital de dichas glándulas vasculares sanguíneas, corresponde, así mismo, una igualdad en la estructura anatómica de ellas, á tal punto que forman una série no interrumpida, cuyo grado más simple es la infiltración linfoide difusa y cuyo grado más complejo es el bazo. Tenemos, pues, que existe entre los elementos celulares del tejido que se llama sangre y los órganos que acabamos de indicar, una relación de lo más íntima, de lo más solidaria, y que nos autoriza á sostener con fundamento, que todo aquello que ataque, más ó menos profundamente, los primeros, conmoverá, más ó menos violentamente, los segundos.

Ahora bien, teniendo en cuenta estas consideraciones, ¿no sería admisible suponer que los síntomas, sobre los que he llamado últimamente la atención, (trastornos hepáticos, esplénicos, dolores óseos, etc.) sean debidos á la acción del veneno verrucógeno sobre la sangre y órganos hemopoyéticos (hígado, bazo, médula ósea, etc.)? ¿No es una confirmación de nuestra opinión la existencia constante de trastornos, más ó menos acentuados del lado del bazo y de los ganglios linfáticos, en los individuos atacados de verruga eruptiva y que han dado lugar á que se la diagnostique por algunos maestros; *leucocitemia esplenoganglionar*?

Marcha.—La marcha de la "Fiebre de la Oroya" es sumamente rápida y fatal, no obstante el tratamiento. Tal sucedió, al menos, en nuestro malogrado compañero Carrión, que sucumbió, como sabéis, al 19^o día del período de invasión de la enfermedad.

(Continuará.)

ESTADÍSTICA de la Maternidad correspondiente al año de 1887

	Parturientas			Nacionalidad de las parturientas	Raza de las parturientas				Sexo de los niños		Estado de los niños al nacer				Naturaleza de los partos		Dimensiones de los niños al nacer, en centímetros				Peso de los niños al nacer		Peso de las placentas		Estado civil de las parturientas		Posiciones del feto											
	ENTRADAS	SALIDAS			Peruanas	Extranjeras	Blancas	Negras	Mestizas	Indias	Hombres	Mujeres	Nacidos vivos		Salidos muertos		Naturales	Con operaciones manuales		Con operaciones instrumentales		Máximo	Mínimo	Máximo	Mínimo	Solteras	Casadas	Madres primíparas	Madres multiparas	O. I. A.	O. I. D. P.	O. L. D. A.	S. I. A.	S. I. D. P.	C. I. A.	C. I. D. P.		
		Casadas	Muertas										H.	M.	H.	M.		Naturales	Con operaciones manuales	Con operaciones instrumentales	Máxima																Mínima	Máxima
Enero	28	28	...	28	...	2	2	8	16	14	14	11	12	3	2	26	1	1	60	40	18	13	4140	2300	768	336	22	6	13	15	14	...	12	1	...	1	...	
Febrero	30	30	...	30	3	10	17	13	17	12	17	1	...	28	...	2	56	43	20	15	4016	2580	628	460	25	5	11	19	20	...	10	
Marzo	51	50	1	51	...	3	2	21	25	27	24	27	22	...	2	47	1	3	57	41	18	12	3792	2300	852	364	42	9	19	32	32	1	15	3	
Abril	34	34	...	33	1	4	3	14	13	12	22	9	22	3	...	32	2	...	63	41	19	12	4168	1924	628	224	28	6	11	23	18	1	12	3	
Mayo	44	44	...	44	...	7	4	9	24	23	21	23	19	...	3	41	...	3	60	22	19	7	4170	1380	740	280	31	13	11	33	27	...	13	...	2	1	...	
Junio	46	45	1	46	...	2	6	13	25	28	19	26	15	2	4	44	2	...	56	22	20	6	4308	1920	920	224	40	6	16	30	33	1	10	1	...	1	1	
Julio	39	39	...	36	3	4	3	9	23	20	20	18	20	2	...	38	...	1	60	21	19	9	4168	1384	684	391	34	5	14	25	23	...	15	2	
Agosto	37	37	...	34	3	4	5	7	21	17	20	16	20	1	...	36	1	...	56	40	18	10	4168	2468	852	240	28	9	13	24	28	...	8	1	
Setiembre	39	39	...	39	...	5	1	14	19	21	18	20	18	1	...	36	1	2	59	25	18	7	4140	1492	920	280	29	10	13	26	31	...	7	1	
Octubre	22	22	...	22	...	2	1	11	8	11	12	10	11	1	1	20	1	1	55	32	19	11	4169	1840	1144	336	17	5	4	18	15	1	5	...	2	...	1	...
Noviembre	28	28	...	28	11	17	12	16	10	15	2	1	26	...	2	59	47	19	9	4164	2120	852	224	22	6	12	16	22	...	5	...	1	
Diciembre	30	30	...	29	1	1	4	16	9	15	15	14	14	1	1	29	1	...	58	41	17	11	4308	2300	852	336	22	8	8	22	22	...	7	1	...
RESULTADOS...	428	426	2	420	8	34	34	143	217	213	218	196	205	17	14	403	10	15	60	21	20	6	4308	1380	1144	224	340	88	145	283	285	4	119	12	5	3	3	

Lima, Diciembre 31 de 1887

Vº Bº
DR. S. A. GARCÍA